

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México)
ISSN: 0185-1284
cee@cee.edu.mx
Centro de Estudios Educativos, A.C.
México

Tornero, Angélica
Reseña de " Homo Videns. La sociedad teledirigida" de Sartori, Giovanni
Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), vol. XXVIII, núm. 4, trimestre, 1998, pp. 215-218
Centro de Estudios Educativos, A.C.
Distrito Federal, México

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27028411

Cómo citar el artículo
Número completo
Más información del artículo
Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos *(México), Vol. XXVIII, Núms. 3 y 4, pp. 215-218*

SARTORI, GIOVANNI. *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, México, Taurus, 1998, p. 159.

La televisión parece haber invadido la intimidad de muchos de los habitantes de este globo terráqueo. Hoy, después de no más de setenta años de existir apenas incipientemente, este medio de comunicación de masas se ha apoderado de una parte importante del tiempo de las personas, casi sin excepción.

Este –desde cierta perspectiva– formidable invento ha revolucionado las formas de socialización, pero no sólo eso; incluso –y esta es la tesis que defiende Giovanni Sartori en el libro que se presenta–, ha intervenido en la manera tradicional de construir el pensamiento.

En *Homo videns*, el autor profundiza en un punto central: "[...] la televisión modifica radicalmente y empobrece el aparato cognoscitivo del *homo sapiens*" (p. 17). Según Sartori, este *homo sapiens*, formado como tal mediante el lenguaje verbal y fundamentalmente con la escritura, se convierte, por medio de su exposición continua a las imágenes, en un *homo videns* incapaz de desarrollar procesos cognoscitivos, concretamente la capacidad de abstracción.

En la primera parte del libro, se habla del video-niño, una nueva especie que pulula ya sobre este planeta, que pierde paulatinamente sus facultades de *homo sapiens*, dado que la televisión modifica la naturaleza de la comunicación, "pues traslada del contexto de la palabra (impresa o radiotransmitida) al contexto de la imagen" (p. 35), lo que supone una diferencia radical. Mientras la palabra es símbolo y debe entenderse –y, desde luego, interpretarse– de acuerdo con el código aprendido, la imagen se ve y, para verla, dice Sartori, "basta con poseer el sentido de la vista, basta con no ser ciegos". (p. 35).

Esta nueva manera de enterarse de lo que sucede, sin necesidad de leer y, por lo tanto, de entender, de realizar un esfuerzo de traducción de los signos lingüísticos al significado, crea un nuevo tipo de ser humano. Gene-

ralmente, dice el autor, se critica a este medio por su capacidad de generar conductas lesivas, sobre todo, en los niños y en los jóvenes; se le critica por el exceso de violencia que transmite, entre otras disposiciones anímicas. Pero darse cuenta de que los contenidos de la televisión son nocivos, no es suficiente. El niño está expuesto a la televisión desde sus primeros años de infancia; es mediante la escuela que recibe su impronta educacional inicial y está centrada en imágenes. La preocupación fundamental consiste en saber qué clase de ser humano, desde el punto de vista epistemológico, se está formando mediante la larga exposición a la televisión, sobre todo en edades anteriores a la adquisición de las habilidades de la lectoescritura; incluso del habla misma.

Para apoyar esta tesis, el autor afirma que el avance del *homo sapiens* hacia el entendimiento se debe a su capacidad de abstracción, lograda mediante la adquisición del lenguaje verbal. "[...]todo el saber del *homo sapiens*, dice el autor, se desarrolla en la esfera de un *mundus intelligibilis* (de conceptos y de concepciones mentales) que no es en modo alguno el *mundus sensibilis*, el mundo percibido por nuestros sentidos. Y la cuestión es ésta: la televisión invierte la evolución de lo sensible en inteligible y lo convierte en el *ictu oculi*, en un regreso al puro y simple acto de ver. La televisión produce imágenes y anula los conceptos, y de este modo atrofia nuestra capacidad de abstracción y con ella toda nuestra capacidad de entender" (p. 47). Una persona que pierde la capacidad de abstracción es *eo ipso* incapaz de racionalidad; pérdida que supone la destrucción de los constructos, y supuestamente de la realidad, elaborados por el *homo sapiens*.

En la segunda parte del libro, el autor reflexiona sobre la relación entre la televisión y la formación de la opinión pública. Mientras que la escritura, como medio de la noticia o el editorial del periódico, permitía el intercambio de opiniones entre los lectores y la formación de "la opinión" en "cascada", la televisión no permite esta aproximación, ya que la autoridad, antes bien definida, se disemina. La imagen ahora es la portadora de la realidad –creo en lo que veo– y, por lo tanto, eso que veo es la verdad. Se acabaron los líderes de opinión intermedios y se dio paso a una "multiplicidad de autoridades cognitivas que establecen de forma diferente para cada uno de nosotros en quién debemos creer, quién es digno de crédito y quién no lo es" (p. 71). Se trata de una opinión "hetero-dirigida", que conduce a un vacío de opinión.

Para el autor, la televisión no crea opinión pública sino que reproduce su mismidad; es decir, sus mecanismos autorreferenciales. Además, considera falaz pensar que este medio fortalece la democracia, ya que el juego de

debates políticos no mueve a la gente en términos de los contenidos sino de las imágenes que los líderes proyectan. La decisiones están basadas en el gusto y en la emocionalidad ante la imagen, y no en racionalidad de la oferta política del partido.

Si bien el autor fundamenta su hipótesis central, los seguidores de la nueva cultura iconográfica argumentarían un dejo de conservadurismo en Sartori, que recoge, con nostalgia, a la cultura de la Ilustración, basada fundamentalmente en la razón, en el logos y en el triunfo de la escritura como forma de comunicación.

Habría que leer las tesis de los defensores de los media para tener otra versión sobre los hechos. Por ejemplo, Gianni Vattimo ha expuesto, en *La sociedad transparente* (1990), que la difusión del mensaje televisivo, de manera ampliada, permite la socialización del conocimiento de una manera más democrática. Para Vattimo, los medios de comunicación de masas permiten que las sociedades se transparenten de tal forma que cualquier televidente, desde cualquier punto del planeta, se entere de que su hacer no existe como dado, sino como dándose y que hay la posibilidad de escoger.

Otro defensor, desde una perspectiva distinta, de los nuevos medios (la cibernética, sobre todo), Nicholas Negroponte, opina, en su libro *El mundo digital* (1995), que en este mundo, "el que recibe puede elaborar la información 'reseteándola' como quiera, con lo que el control formal sobre el mensaje se individualiza [...]". Para Sartori este razonamiento es falaz, ya que la mayor parte de la gente no está preparada para recibir las imágenes cibernéticas de esta manera y, más bien, tendería a perder el sentido de realidad y a confundir el mundo virtual con el real, provocando frustración, entre otras cosas.

Al igual que la de Sartori, en estas tesis, el análisis se ubica en la realidad de occidente, de Europa, alejada, se ha dicho ya lo suficiente, de lo que se vive en los países de América Latina. Por una parte, la lectura nunca ha sido, y mucho menos la escritura, una habilidad desarrollada de manera generalizada entre las poblaciones latinoamericanas. La habilidad de la lectura de comprensión ha sido un beneficio de muy pocos. Por otra parte, es más fácil que el abanico de posibilidades que ofrece la televisión confunda a la gente, a que ésta, de pronto, sienta que ha vivido en una trampa, entre valores heredados y normatividades inexplicables, de la que quiere, debe y puede salirse para encontrar su libertad.

Sartori reconoce que no todos los habitantes del planeta, antes de la llegada de la televisión, formaban parte de las filas de los ilustrados. Pero, dice –con tono contundente y una reflexión truncada y, por esto, cuestiona-

ble– que hasta antes de la llegada de los instrumentos de comunicación de masas los "grandes números" estaban dispersos, y por ello mismo eran muy irrelevantes" (p. 145). Es decir, aunque los "pobres de espíritu" han existido siempre, en el pasado "no contaban –estaban neutralizados por su propia dispersión– mientras que hoy se encuentran, y reuniéndose, se multiplican y se potencian (p. 146), poniendo en riesgo a la sociedad en general.

Ante este oscuro panorama mediático, el autor sugiere se tome conciencia en el hogar para evitar que los niños continúen con esta pérdida paulatina de la capacidad de abstracción. Y en cuanto a la escuela, ésta debe tomar cartas en el asunto, por ejemplo, vetando las televisiones y las computadoras en las aulas, permitiendo sólo el adiestramiento técnico en este sentido, afirma el autor.

Giovanni Sartori ofrece en este libro reflexiones audaces en relación con los medios de comunicación de masas e invita a los distintos actores sociales a imaginar soluciones que eviten la consolidación de esta especie de ser humano neoprimitivo: el *homo videns*.

Angélica Tornero